

# Tres de cuatro partes de mi vida

María de Jesús Tello Sánchez

La mayor parte de mi vida ha sido correr tras algo, correr para alcanzar algo. Ahora mismo lo estoy haciendo porque no me quiero perder la oportunidad de dejar un testimonio de mi vida, porque no quiero que el olvido o la muerte —que sería lo más trágico— me alcanzaran sin haberlo hecho, porque no quiero que al intentarlo la memoria ya no me funcione. Deseo contarles a mis hijas y a mis nietos cómo era yo, qué hacía, dónde y cómo sentía cuando era pequeña, para que mis hijas me recuerden y no repitan mis errores. Si esto las puede impulsar a superar algún obstáculo, que lo consulten cuando sea necesario. Dependiendo de la prontitud con que reacciones a cualquier estímulo o acción de la vida, te darás cuenta de si estás equivocado o vas por buen camino y podrás tomar decisiones. Para confirmarlo, inicio mi historia.

## I

Nací el 13 de febrero de 1959, en el barrio de Los Remedios, en Puebla. Mis padres fueron Jesús y Sara. Soy la tercera hija de cuatro, en el primer matrimonio de mi padre. Mi mamá murió cuando yo tenía unos tres años, suceso que recuerdo muy vagamente. Recuerdo llanto, hambre y gente con caras tristes; creo que la tristeza siempre la he traído en mi corazón. También recuerdo que la señora con la que se junto mi papá, Panchita, me llevaba al río a lanzar flores para que el agua se las llevara junto con mi tristeza, o eso que ella miraba en mis ojos y que la hacía llevarme a ese lugar. Cuando tenía cinco o seis años, mi papá, que trabajaba como obrero textil en una fábrica, fue despedido. No sé si esto causaría tristeza o preocupación a mi familia, lo que sí recuerdo es que a mí me causó mucha emoción.

Con el dinero que le dieron a mi papá de su liquidación, nos lle-  
vó

a toda la familia a la ciudad de México, paseo que hicimos en tren. Llegamos a la basílica de la Virgen de Guadalupe y después comimos unas ricas tortas sentados en un gran jardín de la misma iglesia. Nos tomamos fotos y nos hospedamos en un hotel del centro que tenía pisos de madera y unos cuartos muy grandes. Mi papá, Panchita, mis tíos Ramón y Virginia, sus hijos mayores y mi prima Coty se fueron al teatro, los demás nos quedamos a dormir. Para mí este viaje fue muy emocionante, lo disfruté mucho; lo que no recuerdo fue el regreso.

Mi papa y Panchita nos llevaban a un campo muy grande que estaba cerca de nuestra casa a elevar papalotes que mi papá hacía con forma de estrella, de cubo y otros muy comunes con papel de China de colores y carrizo o popotes; me gustaba mucho que les pusiera unos papelitos en el hilo, que iban subiendo poco a poco conforme el papalote se elevaba. Panchita llevaba cacahuates y naranjas para que comiéramos como golosinas.

Vivíamos en unos cuartos de vecindad, allá por la colonia Xonaca, y jugaba mucho con mis hermanas Guadalupe y Margarita. Sólo teníamos dos cuartos, uno para dormir y otro para comer. Había un gran patio donde mi padre nos hizo un baño de regadera con un bote al que le hizo hoyos con un clavo, le puso un tubo y lo colgó alto, así, mientras una le ponía agua, la otra se bañaba; esto resultó muy divertido.

Otra cosa que tengo en mi memoria es que a mi hermana Guadalupe no le gustaba mucho la comida, y si a mí me gustaba, me daba su parte para que me la comiera, independientemente de mi ración. También me acuerdo de que Panchita tenía un carácter muy fuerte (con el paso del tiempo comprendí por qué).

Hay cosas y momentos que se recuerdan muy bien, otros no tanto. Puede ser porque las cosas agradables trata uno de conservarlas para sacarlas luego en los momentos de alegría o de tristeza, según el caso. Vagamente recuerdo que un día, cuando nos íbamos a dormir, había mucho movimiento en la casa, después ya me veo jugando o cuidando a mi hermano Óscar. No sé cuánto tiempo pasó.

Un día escuché a mi papá y a Panchita decir que habían comprado un terreno, después supe que estaba en las faldas del cerro de Loreto y Guadalupe. Ellos se iban allá por las tardes y se llevaban a Óscar; a Guadalupe y a mí nos dejaban encerradas en la casa. Lo que no sabían era que nos salíamos por un pequeño cuadrado que le quitábamos a la puerta de madera. Nos íbamos a la tienda a comprar fruta, leche y cereal, y otras veces, a corretear al campo; creo que nunca lo sospecharon.

No recuerdo cuándo fue la mudanza, lo que no se me olvida es el aroma que despedían las láminas del techo, que eran de cartón y chapopote; recuerdo el silencio y la penumbra, porque aún no había luz eléctrica y usábamos velas para alumbrarnos en la noche... O quizá porque mi miopía ya se estaba haciendo presente, no lo sé. Yo era muy feliz. En ese lugar había mucho espacio y mucha tierra que ocupábamos para jugar. Hacíamos pasteles y tortillas que le dábamos a comer a mi hermanito Óscar.

Éramos muy pobres, mi papá no tenía un trabajo estable y le dio por emborracharse. Panchita ya había tenido otro hijo, Jesús, y ahora ya éramos más. Ella me hacía mis vestidos con los costales del azúcar, que entonces eran de manta. A mí me gustaba andar descalza, aunque tuviera mis zapatos de plástico, porque me sudaban mucho los pies.

Se aproximaba el día en que tendría que ir a la escuela y Panchita comenzó a enseñarme las primeras letras, lo que resultaba increíble porque ella no sabía leer. En las inspecciones de reconocimiento del nuevo lugar adonde llegamos a vivir, mi hermano Óscar y yo fuimos a dar a un sitio donde hacían ladrillos. Al fin chiquillos, no sabíamos del peligro al que nos estábamos enfrentando. Nos quitamos los zapatos y nos metimos en el lugar donde ponían el fuego para cocer los ladrillos... Más tardamos en meternos que en salir corriendo, ¡nos quemamos los pies! Al día siguiente las plantas de los pies parecían globos por las ampollas que nos salieron después de la quemada. ¡Pobre Panchita!, vaya susto que le dimos.

Debido a la situación económica en que nos encontrábamos,

Panchita tuvo que buscar trabajo. Hizo de todo: lavar pisos, ropa, el quehacer de las casas. Salía temprano y yo la acompañaba. Mientras ella hacía el trabajo, yo cuidaba a mi hermano Javier, que era el menor en esa época. Guadalupe se quedaba en la casa a cuidar a mis otros hermanos, supongo. Mi hermana Margarita también tuvo que trabajar, no terminó la primaria; y mi papá, por ahí.

Me gustaba mucho ir a la escuela, y más al inicio del ciclo escolar, cuando me compraban mis libretas y todo el material de la lista de útiles. Panchita me compró una bolsa de las que se usaban para el mandado y la usaba como mochila. Esto no tenía gran importancia, porque entonces, y en la escuela a la que iba, era muy común. También me ponía mis tortas de papa o de frijoles que yo intercambiaba con mis compañeras por otras que me gustaran más, especialmente si eran de carne. Desayunábamos café y pan, ya no comíamos como antes, pues no había lo suficiente; ya éramos más y los gastos también. La escuela primaria a la que asistía era oficial y se llamaba Justo Sierra. En esa época fui buena para estudiar. En el cuarto año fui elegida, junto con otros compañeros, para ir a visitar al presidente de la República, por lo que nos dieron, durante unos días, una preparación especial. No supe por qué motivo esa visita se suspendió.

Mi hermana Guadalupe se distinguió porque le gustaba correr y corría mejor sin zapatos. Yo la admiraba por eso y por otras cosas. Ella y Margarita habían asumido una gran responsabilidad, una al trabajar fuera de casa y la otra al hacerlo dentro, las dos muy jóvenes. Yo sólo ayudaba a Panchita. Me gustaba ir con ella a trabajar porque nos daban de comer alimentos que en la casa no había, así como ropa y zapatos. Aprendí a leer las letras, a juntarlas y a relacionarlas y, como consecuencia, leía todo lo que caía en mis manos; por esa época ya se leía la revista Lágrimas y Risas. Una historia con la que me identifiqué mucho fue la de María Isabel, no sé si por lo de la madrastra o por lo humildes que éramos. Cada vez que tenía oportunidad me escondía para leer, pero si Panchita me sorprendía, me

regañaba, me decía que me pusiera a hacer otras cosas y que no perdiera el tiempo leyendo. También me gustaba dibujar y soñaba con ser maestra cuando fuera grande.

Me gustaba mucho cuando llegaban a la escuela las pasantes o practicantes de maestras, porque llevaban material distinto para la clase, y trabajábamos tanto que perdíamos la noción del tiempo y salíamos más tarde. Una de estas salidas me costó una fuerte golpiza. Tenía el cabello largo y me lo trenzaba, esa vez mis trenzas sirvieron para que Panchita las tomara, se las enrollara en las manos y me arrastrara; así era ella de violenta. Mi hermana Guadalupe siempre salía en mi defensa mientras yo corría.

Mi papá me daba dinero para gastar en la escuela y yo me compraba unos panes que se llamaban colchones, muy ricos y muy grandes, que costaban cinco centavos; también me daba de domingo veinte centavos, lo que no alcanzaba para gran cosa, por lo que decidí que ayudaría a la vecina a limpiar su casa y a lavar los trastes por un pago. Otras veces, como aún no teníamos agua potable, hacía viajes para acarrearla y la vendía, la transportaba en dos botes de veinte litros cada uno que me colgaba en los hombros con un palo.

Así transcurrieron aproximadamente seis años de mi vida, y como todo lo que comienza tiene que terminar, ya estaba cerca la graduación de la primaria. En esa ocasión practicamos un vals, mi primer baile, tuve madrina y un regalo: ¡un vestido nuevo y de moda! También mi vestido de graduación era nuevo, blanco, de terlenka, la tela de moda, y tenía una cinta azul marino por debajo del pecho, estilo princesa; los zapatos también eran blancos y de tacón. Escribir sobre mi graduación me recordó mi primera comunión, la cual pasó inadvertida: fue un día entre semana, con un vestido prestado y un desayuno comunitario.

Mi deseo era seguir estudiando la secundaria, y para ello realicé el examen de admisión, que nunca supe si aprobé, pues como no veía muy bien y Panchita no sabía leer, no nos enteramos de los resultados que publicaron en una lista que no alcanzaba a distinguir.

Di por hecho que no había pasado el examen y Panchita pensó que ya era el momento de ponerme a trabajar...

Y aquí estoy nuevamente, me veo de trece años, con el cabello corto que mi papá me cortó poniéndome una gorra en la cabeza, le salió estilo príncipe valiente y se me esponjaba mucho.

Por esa época comencé a reglar y Panchita me dio unos lienzos rectangulares que debía lavar con jabón amarillo, ponerlos al sol, enjuagarlos, esperar que se secaran y volverlos a usar. Todavía no se usaban las toallas sanitarias, o tal vez no teníamos dinero para comprarlas, ya fuera lo primero o lo segundo, así no contami-nábamos tanto.

Ya éramos muchos de familia, ocho, para ser exactos. Mi papá encontró trabajo, otra vez de obrero textil. Panchita ya tenía algunos años lavando y planchando ropa ajena, decía que lo hacía para estar en la casa pendiente de nosotros y ayudar a la economía familiar. Recuerdo que mis hermanos y yo dormíamos en la misma cama, horizontalmente, para caber, aunque nuestros pies ya sobresalían, y mi papá y Panchita dormían en otra cama, en el mismo cuarto. La mayor parte de las actividades se realizaban en esa habitación: dormíamos, comíamos, jugábamos y también le poníamos su ofrenda a los muertos en el mes de noviembre.

Mi papá ponía el Nacimiento en diciembre con ramas de pino, lama, pasle y figuras de barro. El 24 de diciembre celebrábamos la Navidad, hacíamos la posada, arrullábamos al Niño Dios, rompíamos las piñatas y, por último, cenábamos unos ricos ayocotes, pescado tenso capeado, café y rompopo. Después mi papá y Panchita se iban a celebrar con sus compadres.

Me gustaba esta época porque mi papá nos compraba zapatos y ropa nueva, creo que mi hermana Margarita le cooperaba para que los Reyes Magos llegaran a nuestra casa el 6 de enero. Esa época se estaba terminando y yo pensé seriamente en ayudar con los gastos de la casa, o por lo menos no ser una carga y, para eso, acepté trabajar.

## II

Éste es mi primer trabajo. Estoy con una mujer muy joven, tal vez de diecinueve o veinte años, la señora Diana, así le llamaba; lavo los trastes, limpio la casa, lavo y plancho la ropa, ayudo con los preparativos de la comida, hago los mandados y cuido a dos niñas mientras ella guisa. Entraba a las ocho de la mañana y salía a las seis de la tarde, descansaba los domingos y todo esto por trescientos cincuenta pesos mensuales, ¿cómo te quedó el ojo? Algunas veces, cuando se iba de fin de semana a México, también los domingos iba a darles de comer a los perros. Ella me regalaba la ropa que ya no usaba, casi éramos de la misma talla, ¡imagínate!, yo de catorce y ella de diecinueve. Un buen día me encontré con Rita, una ex compañera de la primaria. Me contó que estaba aprendiendo corte y confección en una academia. Eso me llamó la atención, así que decidí pedir permiso a la señora Diana para asistir a clases. No me lo negó, pero tenía que apurarme con el trabajo para salir dos horas antes y llegar corriendo a la academia, con mis pantalones de pata de elefante, mucho entusiasmo y ganas de aprender. Allí conocí a Ana, la que sería mi amiga durante la mayor parte de mi vida. Ella era dos años mayor que yo, muy seria y bien portada. Un día me dijo que yo le caía mal por mi carácter, el cual conocería mejor en el futuro...

El tiempo en la academia pasó, entre puntadas de pata de gallo y ropa para niño: pañales, fajeros y otras prendas. Esto me aburrió, yo quería hacer mi propia ropa, pero como esto no sucedería sino hasta dentro de uno o dos años, me fui de ahí.

Continué trabajando en las mismas actividades un tiempo más. Llegaba a la casa sólo a dormir, perdí contacto con lo que sucedía en la familia, casi no se hablaba. Por mi compañera Rita también conocí a un muchacho que vivía junto a su casa. Un día me dijo que ya me conocía, porque su hermana había sido mi compañera en sexto de primaria. Yo visitaba a Rita y él se asomaba cuando yo estaba con



ella; cuando lo sorprendíamos mirándonos, se ponía rojo y se iba del lugar. Ya no recuerdo bien, aunque se supone que debería hacerlo, pero no es así; este muchacho fue mi primer novio, ¡se imaginan!

Cómo iba de prisa... quince años y ya tenía novio. El trabajo que desempeñaba ya no satisfacía mis necesidades, por lo que tuve que dejarlo; a los quince ya era desempleada. Tratando de ganar un poco de dinero, iba casa por casa queriendo vender muestras y literatura médica que una de mis hermanas obtenía y llevaba a casa. ¡Claro que no vendía nada, pues las muestras médicas son gratuitas! Terminé regalándolas a un dispensario. Cuando andaba en esto, volví a encontrarme a Ana. Le conté de mi situación económica y ella me sugirió empeñar algo para obtener dinero. Como necesitaba llevar algo a casa, me acompañó a empeñar un reloj que mi papá me había regalado en mi cumpleaños, pero nunca regresé por él.

Por esa época Panchita se enfermó y fue hospitalizada. Mi papá la llevó a San José, lo que ahora es el Hospital de Especialidades o Centro Médico, pero no supe cuál fue el motivo. Lo que sí recuerdo es que yo iba a cuidarla, y cuando ella se dormía o descansaba, me ponía a ayudar al personal del hospital, retiraba las charolas de las mesas cuando los pacientes terminaban sus alimentos y auxiliaba a la señora Hilaria, encargada de la limpieza. Esta señora me tomó confianza, y cuando dieron de alta a Panchita me pidió que siguiera ayudándola, y así fue. Iba todos los días por la mañana, la ayudaba y ella me daba de desayunar, por cierto, unas tortas de frijoles refritos muy ricos, y cuando ya me iba, me daba unos centavos. Esto fue importante en mi vida. Doña Hilaria me enseñó muchas cosas respecto a sus actividades laborales, también me relacionó con varios trabajadores de ese lugar, que también me enseñaron. Tuve que irme de ahí, pero doña Hilaria me dijo: "Cuando tengas la edad necesaria para trabajar aquí, regresa".

Me fui con una perspectiva laboral... En los meses siguientes conseguí un trabajo lavando y planchando ropa de una pareja de árabes que tenía una casa muy bonita. Me sorprendió mucho ver

en su cocina una alacena tan grande, pero, sobre todo, llena de alimentos envasados; también me entristeció que, aunque tuvieran alimentos en abundancia, sólo me ofrecieran para comer frijoles y chile; la solución era no comer ahí. El tiempo pasaba y cada día realizaba más actividades en esa casa. A la señora le gustaba que lavara las escaleras que daban del comedor a la planta alta, porque las dejaba blancas de tanto tallar.

### III

Como no hay plazo que no se cumpla, cumplí dieciséis y medio y regresé al hospital con doña Hilaria. Me dijo que esperara un poco a que se abriera la bolsa de trabajo e inmediatamente solicitara el empleo. Mientras esto sucedía, ella buscó que me dieran la oportunidad de practicar en el hospital, claro, lo que ella hacía ahí, la limpieza. No hubo inconveniente, me dieron facilidades para hacerlo. Administrativamente, tenía que reunir una serie de requisitos, entre ellos, un documento de antecedentes no penales. Mi papá y Panchita me acompañaron a tramitarlo. Yo ya hacía muchas cosas sola, pero en este caso ellos me acompañaron. Reuní los requisitos, se abrió la bolsa de trabajo y fui aceptada. Me dieron un curso y después realicé unos exámenes, teórico, práctico, médico y psicológico. Grande fue mi sorpresa cuando descubrí en el grupo, ¿a quién creen?... ¡a mi amiga Ana, la de la academia de corte!

Entré a trabajar en el Seguro Social como eventual el 16 de enero de 1976, cerca de los diecisiete años. Entre los diecisiete y los diecinueve se abrió ante mis ojos un panorama muy grande de experiencias nuevas. Como era eventual, el horario era variable. Unas veces por la mañana, otras por la tarde y otras por la noche, lo que me daba oportunidad de irme algunas veces de pinta. Cuando recibí mi primer pago, ¡ochocientos pesotes!, después de haber trabajado aproximadamente dos meses, llevé a Panchita de compras y la invité

a comer tacos.

Panchita me enseñó que tenía que contribuir económicamente a los gastos de la casa, por lo que una parte de mi salario era para esto; siempre fue así hasta que formé mi familia. Por otra parte, como ya tenía dinero propio, podía disponer de él, de mi tiempo y elegir mis diversiones o pasatiempos. En esa época la música que se oía era de grupos como La Tropa Loca, Los Pasteles Verdes, Los Solitarios, Acapulco Tropical, Rigo Tovar y música de discoteca. Una vez, Ana y yo decidimos ir a bailar a una Disco, La rana sabia, que entonces estaba de moda. Como ella era muy penosa, se ponía gafas negras para que no la reconocieran. Yo ves-tía como se usaba entonces: minifalda y zapatos de plataforma baja o huaraches. Algunas veces Ana me prestaba su ropa, usábamos la misma talla, treinta y dos, aunque teníamos gustos diferentes. A ella le gustaba largo, a mí corto; a mí zapatos bajos, a ella, altos, creo que para compensar su estatura. También íbamos con los compañeros al balneario o a la unidad deportiva del sindicato a nadar o simplemente a jugar, como se acostumbra cuando eres joven.

Trabajaba regularmente y mi labor consistía en limpiar, ¡ah, pero no era sólo limpiar por limpiar! En un hospital se limpia con técnica, usando soluciones, sarricidas, desinfectantes, máquinas lavadoras y pulidoras de pisos. La técnica era de arriba hacia abajo y de derecha a izquierda, ya sea para limpiar paredes y vidrios, o extensiones muy grandes de piso o mobiliario. Me costó mucho tiempo acostumbrarme a realizar este trabajo que normalmente es en áreas públicas y excepcionalmente en privadas, cuando lo hacía en las salas de cirugía, en la lavandería o en la cocina del hospital. En fin, después de un tiempo de hacerlo terminé acostumbrándome. Usaba uniforme: una bata de tela de mil rayas azul con blanco, mandil blanco, cofia y zapatos negros, ¿te imaginas cómo me veía con mi cofia en la cabeza y un peinado a la afro, que entonces estaba de moda?...

También fui dama en la fiesta de quince años de Elvira, una ex

compañera del trabajo. Ensayábamos el vals en las tardes, en un salón de la colonia Vicente Budit y me emocionaba la sola idea de presentarme en público, vestida de gala. ¡Ah!, porque el vestido fue muy elegante, largo, de gasa y forro amarillo. Recuerdo cuando íbamos con la costurera a las pruebas en grupo... En fin, esta experiencia, nueva para mí, fue bonita; catorce damas y el mismo número de chambelanes. Entre el trabajo y la diversión, pasaron los días. Intenté estudiar la secundaria, pero no logré organizar mi tiempo...

#### IV

Como la vida no sólo es trabajo y diversión, en el año de 1977 —no recuerdo el mes—, conocí a un muchacho chaparrito, moreno, de cabello lacio y cejas muy negras y pobladas, ojos chicos color café oscuro, nariz de regular tamaño, boca chica de labios que se antojaba morder y cuerpo atlético. Aunque esto lo descubrí después, porque él usaba un overol muy suelto y largo. Era Tachito, mi compañero de trabajo. Recuerdo que el día que nos descubrimos, él esperaba el elevador y yo regulaba la entrada de las visitas de los pacientes; él llevaba en la mano un refresco de cola de los más chicos. No sé qué pasó exactamente, pero cuando me di cuenta el refresco estaba en el suelo. No supo qué hacer, llegó el elevador, se subió y se fue.

Nos hicimos amigos (nunca nos imaginamos como esposos en el futuro), salíamos a ver aparadores con su novia y otras compañeras; unas veces íbamos a bailar en grupo, otras, lo acompañaba al gimnasio (levantaba pesas). La relación se fue haciendo más cercana, hasta que terminamos siendo novios. Después de unos días decidimos que tendríamos relaciones sexuales, yo sin mucha orientación; él, no sé. Así estuvimos un rato; después hacíamos planes para vivir juntos. Poco tiempo fuimos novios y lo vivimos al máximo; comíamos juntos en el trabajo, buscábamos la oportunidad para encontrarnos, y al

terminar nuestra jornada, él me esperaba para salir juntos. Recuerdo su señal: pasaba y silbaba una melodía que estaba de moda (Se busca); ya sabía que me esperaba. Salía y nos íbamos...

Recuerdo que con el primer pago que recibió Tachito como trabajador de base, me compró una argolla de matrimonio (aún la conservo), y después de seis meses de conocernos, ya vivíamos juntos en un cuartito. De muebles teníamos una cama, televisión, un burro para planchar que hacía las veces de mesa y un mueble para guardar la ropa. El cuartito estaba ambientado con luz azul (el foco tenía como pantalla un frasco de crema Nivea) y compartíamos la cocina y otros espacios con mi cuñada y su familia.

Mi papá y Panchita no pudieron dejar que viviéramos así, y para cumplir con las reglas impuestas por la costumbre, nos casamos por el civil en la Junta Auxiliar de la Libertad; años después nos casamos por la Iglesia, en la del Rayito... Pasaron los días y todo se fue dando como marca la naturaleza en el ser humano (todo es cosa de tiempo). Me embaracé y no tuve ningún contratiempo físico, pero moral sí. Fue un cambio radical: tenía que ir pensando cómo hacer para seguir trabajando y cuidar a mi hija o hijo, que nacería en un tiempo más. Llegó el momento del nacimiento, después de aproximadamente ocho horas de dolores de parto, a la una de la mañana del 23 de abril de 1978, nació mi primera hija. Fue una experiencia muy dolorosa, pero se volvió maravillosa cuando la tuve en mis brazos. Era una amalgama de Tachito y mía, ¡olvidé el dolor!

## V

Así comenzaba una nueva etapa en mi corta vida. A los diecinueve ya era esposa, empleada y mamá. ¿Qué iba a hacer con estas dos últimas actividades? Pues nada, tendría que adaptarme a mi nueva forma de vida, como siempre. Estaba en un dilema, porque tenía que elegir entre ser madre y cuidar una hija o trabajar y bus-

-car quien cuidara de ella (en la actualidad, muchas mujeres se encuentran en la misma situación). Me costó mucho trabajo tomar esta decisión y seguí trabajando. No era trabajadora de base, pero ya había recorrido un camino y tenía la confianza de que con mucho empeño y trabajo saldría adelante. Así fue, con el apoyo de Tachito, Panchita (que se encargaría de cuidar a mi pequeña), y de otras personas, continué.

Lo siguiente que mencionaré es frío, pero pienso que ya como familia es muy importante, en la relación de pareja, la situación de los dineros, la economía y su administración.

Recibí mi nombramiento como trabajadora de base en el Hospital Regional y, por ende, ya podía contar con un dinero quincenal seguro, aunque poco menos que como empleada eventual. A partir de estos sucesos, Tachito y yo, cada quince días, con papel, lápiz y dinero en mano nos sentamos a analizar nuestros gastos. Después distribuimos equitativamente los dineros sin importar quién ganaba más o menos. Lo importante era dividirlo de la siguiente forma: para alimentos, renta, gastos personales, diversión y ahorro, lo más que se pudiera. A la fecha lo seguimos haciendo, creo que nos ha funcionado...

Cuando tenía veintiún años nació mi segunda hija, Gabi, que ya tenía el camino abierto y preparado para llegar, lo que hizo muy rápido. Aproximadamente tres horas de dolores de parto y nació.

Pienso que es importante dar el primer paso en todas las acciones y decisiones de nuestra vida, y también lo es saber cuándo debes detenerte... Éste era uno de esos momentos. Decidí tener sólo dos hijas, aunque siempre me han gustado los niños y hubiera querido tener más. Dos hijas, para dividir y darles por igual mi cariño, atención y tiempo, claro, sin dejar al margen a mi pareja.

Ya era esposa, madre de dos hijas y empleada de base. La economía de mi pequeña familia mejoraba, ya no vivíamos en el pequeño cuartito, ni tenía que compartir espacios con mi cuñada. Ahora vivíamos en un departamento muy amplio y con todas las comodidades

en la colonia Santa María.

Una vez escuché a mi padre decir estas palabras: “El hombre crece, se multiplica y muere”. Ahora me doy cuenta de que eso estoy haciendo. Me encuentro en el primero y segundo concepto de esta frase; estoy creciendo, no físicamente, sino moralmente, y me doy cuenta del paso del tiempo conforme mis hijas van creciendo. Todos tenemos que irnos acomodando a nuestra nueva vida; no sé cuándo moriré, pero sí sé que me estoy multiplicando, multiplicando en tomar decisiones para crecer. Me doy cuenta de que dos hijas son una gran responsabilidad y mucho quehacer —también para Panchita, quien las cuida mientras yo trabajo—, por lo que decido llevarlas a la guardería. Hicimos todos los trámites y, en unos días, ya las llevaba allá. Ahora tenía que trabajar más, llevaba dos maletas de ropa, una para cada una, con varios cambios de pañales de tela (no se usaban los desechables), fajeros, calzones de hule, pantalones, camisetas y chambritas.

Cuando se deja a los hijos en la guardería, se siente mucha intranquilidad, da tristeza dejarlos en otras manos y al cuidado de personas que uno no conoce y siempre hay un sentimiento de culpa, como el que yo sentía en ese momento. Lo sentía más cuando Gabi lloraba tanto... yo me marchaba con un nudo en la garganta y en el trabajo procuraba concentrarme para no sentir pasar el tiempo, y así, cuando menos lo pensaba, ya era la hora de salida. ¡CORRÍA A BUSCAR A MIS HIJAS! El horario de trabajo de Tachito no era el mismo que el mío, por lo que algunas veces nos traía y otras no. Él estaba muy pendiente por las mañanas, cuando nos íbamos. Veía que nos subiéramos al taxi y nos despedía; yo dejaba a las niñas en la guardería y me marchaba al trabajo.

Hay sucesos que se quedan marcados para siempre en tu vida, y el siguiente es uno de ellos. Cuando Gabi tenía aproximadamente cuatro meses, decidimos que teníamos que bautizarla. Ocupados en los preparativos de la pequeña fiesta que daríamos, Tachito le dio su jugo de naranja y, al parecer, no le sacó todo el aire. Sólo pasaron

unos minutos después de que terminó de tomarlo y, cuando me di cuenta, Gabi ya estaba morada y con los ojos en blanco. Rápidamente la tomé de la cama y la golpeé en la espalda, ella no reaccionaba. La abracé y corrí con ella a pedirle al vecino que nos llevara al hospital. Nos subimos al carro y, en el camino, llorando, trataba de hacerla reaccionar. Cuando llegamos al hospital, ya se había recuperado. Lo anterior quedó tan grabado en mí que, cada vez que ella tosía, inmediatamente recordaba lo sucedido y me daba miedo... Así pasó el tiempo y otra parte de mi vida, entre el cuidado de mis hijas, atención médica cuando la necesitaban, la guardería, la casa y el trabajo.

Llegó el momento en que tenían que ir a la escuela. Como para darles a los hijos nunca será suficiente, decidimos que irían a una escuela privada. En esta etapa Tachito me convenció de retomar los estudios. Las hijas crecían y cada día preguntaban más. Se me hizo muy complicado, imagínate: la casa, el trabajo, cuidar a las niñas y estudiar. Aunque Tachito siempre me ayudaba en la casa y en sus descansos y vacaciones cuidaba a las hijas, fue muy pesado para mí.

Terminé la secundaria y después vino la preparatoria; todos los miembros de la familia nos íbamos a la escuela. Tachito y yo nos inscribimos en una prepa abierta, de lunes a viernes, por las tardes estudiábamos en casa; los sábados nos íbamos todos a la escuela y los domingos descansábamos. Nos íbamos de día de campo o a visitar a los abuelos.

Mi madre era miope y, por lo tanto, yo también lo fui. Este problema se acentuó en esta etapa de mi vida. Un día comencé a ver diferente con el ojo derecho, a veces veía de color verde, otras, de color amarillo o naranja; también comencé a ver destellos de luz. Me preocupé y fui a ver al médico familiar, que me mandó al especialista. Me revisaron y el diagnóstico fue una operación de urgencia porque se me estaba desprendiendo la retina. Fue una experiencia muy penosa, estuve internada unas dos semanas, en cama y en una sola posición, pues no debía moverme. Después de la operación no veía, tenía los ojos vendados. En esa ocasión Pan-chita me hizo una



limpia, como una ceremonia con veladoras, re-zos y la gente alrededor de mi cama; yo sentía que ya me estaban velando. Cuando me dieron de alta, llegué a casa y Tachito me dio un buen baño. Yo me sentía con el cuerpo lleno de escamas por la mugre de varios días. Comencé a caminar y a reconocer la casa a través de las manos, pues aún tenía los ojos vendados; llegué a pensar que ya no vería. Sí volví a ver, aunque un poco borroso con el ojo derecho, y comencé a usar lentes con una graduación alta. No me recuperé tan rápido como hubiera querido, pero aun así me iba a la escuela. Tachito me llevaba y yo tenía que ser muy paciente y conformarme con sólo escuchar la clase. No fui una alumna muy destacada, pero logré terminar la preparatoria.

Han pasado casi diez años, continúo trabajando en el Seguro Social, en la clínica 3 de San Felipe Hueyotlipan, ya que solicité mi cambio después del sismo de 1985. Mis hijas ya asisten a la primaria y ahora vivimos en San Jerónimo Caleras. Compramos un carrito usado, mismo que tuvimos que vender para comenzar a construir nuestra casa en un terreno que compramos en la misma comunidad.

Tachito y yo aún seguimos juntos. No me puedo quejar de nuestra relación como pareja, aunque hemos tenido nuestras altas y bajas, principalmente porque somos muy diferentes; cuando él dice blanco, yo digo negro, y viceversa. Hablamos y hablamos y llegamos a un gris. A veces ha sido doloroso; pienso que para vivir en armonía hay que ceder y, después, volver a retomar aquello en lo que cediste, todo es cosa de tiempo. En fin, creo que hemos ido creciendo juntos... Pero volvamos a mi actual centro de trabajo, donde he permanecido más de diez años laborando y viviendo intensamente. Decidí que debía seguir estudiando, ya no me podía detener. Realicé el examen para estudiar la licenciatura en derecho, lo pasé, e ingresé a la facultad. Era un grupo especial para personas que trabajaban y no tenían tiempo de ir a una escuela de enseñanza escolarizada.

## VI

Entre códigos, clases, exámenes, el cuidado de mis hijas, la casa, el trabajo y otras actividades, pasó otra parte de mi vida. También hubo días difíciles. Cierta vez sufrí una crisis nerviosa, tenía mucha ansiedad, creo que por tantas actividades que estaba realizando. Cuando hablo de otras actividades, me refiero a que la necesidad me hizo regresar al aprendizaje del corte y la confección. Ahora ya podía hacer mis vestidos y los de mis hijas, principalmente sus uniformes, y después, sus vestidos de quinceañeras. Terminé la licenciatura, realicé mi servicio social durante un año en el Departamento de Relaciones Contractuales de la institución donde laboro; dos años después hice mi examen profesional. Ahora, ya tenía un título: "licenciada en derecho y ciencias sociales". Título que no me sirvió para realizar un cambio en mi trabajo que estuviera relacionado con la materia. Ya era tiempo de ir pensando en mi re-tiro. En el Seguro Social teníamos la siguiente prestación contractual: "las mujeres se podían jubilar a los veintisiete años de servicio y los hombres a los veintiocho". Los últimos tres años que pasé en la clínica realicé mucha actividad sindical, pues ya tenía conocimientos sobre algunos artículos constitucionales, principalmente los que se refieren a lo laboral, el contrato colectivo de trabajo y los estatutos que rigen la actividad sindical. Inesperadamente me llegó un cambio, algo que ya había solicitado hacía algún tiempo. No lo pensé mucho, aunque era una actividad completamente diferente a las que realicé durante veinte años: ¡CUIDAR NIÑOS! Técnicamente hablando, sería oficial de puericultura en la guardería 3 del Seguro Social.

Siempre quise más hijos, ahora tenía más de veinte. Y es que así los veía, como a mis hijos. Esta actividad me dio la oportunidad de quitarme ese gran sentimiento de culpa que me quedó cuando dejé a mis hijas en la guardería con personas desconocidas. Quiero decirles a los padres que tengan la necesidad de dejar a sus hijos en la guardería, que lo hagan y se vayan tranquilos a sus trabajos, pues

hay personas que vemos por sus hijos como si fueran nuestros y llegamos a tenerles mucho cariño. Estoy feliz, pues en compensación por haberme perdido los primeros pasos y las primeras palabras de mis dos niñas —no porque así lo haya querido—, he visto y oído a más de veinte, he conocido qué alimentos les gustan y cuáles no, les he enseñado a sentarse en la nica, y he cantado canciones para dormir. Los he consolado cuando se despiden de sus padres y se quedan llorando porque aquéllos se van a trabajar, les he leído cuentos, hemos jugado y me han llamado mamá, también me han roto mis lentes. Con mis niños he tenido ratos felices y tristes, como cuando, por algún motivo, dejan de ir a la guardería o simplemente cambian de sala porque ya han crecido. Lo más importante es que me he reconciliado conmigo misma como madre.

Ahora me veo de cuarenta años y tres tallas más, lo último casi nunca lo tomé en cuenta. En fin, ahora cuento con una antigüedad en el trabajo de más de veinte años y dos hijas ya adultas; la mayor de veintiún años y la menor de diecinueve; la primera próxima a terminar su carrera de diseño gráfico, la segunda iniciando la suya de relaciones internacionales. Ya tenemos casa propia con las comodidades necesarias; Tachito está próximo a jubilarse, y yo me estoy preparando para lo mismo.

Oportunamente, todo se va dando y el camino se me va haciendo más fácil. Se presenta ante mí un programa de fomento a la lectura (Hacia un país de lectores) y decido llevarlo a cabo. Después, alguien me pide hacerme cargo de un proyecto cultural para mi comunidad y lo acepto. Y aquí estoy, nuevamente, con un sinfín de actividades, preparando el material para la lectura correspondiente; leemos los sábados por la tarde y acuden más niñas que niños. También organizo las actividades culturales, como conferencias, talleres, recitales, presentaciones de teatro, conciertos, y asisto a cursos y talleres para realizar ambas actividades.

Así han pasado cinco años de intenso trabajo (no remunerado, aclaro) y ha llegado el momento de despedirme de mi carrera

la-boral en el Seguro Social. El 15 de abril de 2005 fue el último día que trabajé en esta institución, me despedí de mis niños y de mis compañeras de la guardería. Laura ya tiene trabajo y se desempeña en lo que estudió. Gabi actualmente trata de colocarse en la Secretaría de Relaciones Exteriores y está terminando su carrera. Las dos ya se casaron por el civil, pero aún no tengo nietos. La mayor se casará por la iglesia en diciembre, en Tehuacán, y para esa ocasión me ha pedido que le haga su vestido (en eso estoy en estos días). Tachito se jubiló en febrero del mismo año. Yo continúo con la sala de lectura, aunque actualmente me he tomado un descanso en las actividades culturales.

No sé cuánto tiempo más viviré (deseo que sea lo suficiente), pues aún tengo muchas cosas por hacer. Quisiera dedicarme a ejercer mi carrera y así completar un ciclo más en mi vida, pero si esto no ocurriera, ¡GRACIAS, MADRE!, porque aunque no estuviste junto a mí físicamente, siempre he tenido la sensación de que es-tás a mi lado, porque me diste tanta energía para lograr todo lo que ahora me hace tan fuerte y porque pusiste a mi alcance y derredor a toda la gente que me ha ayudado y caminado junto a mí.

¡VIDA, NADA ME DEBES!  
¡VIDA, ESTAMOS EN PAZI!\*

\* Amado Nervo.

Graciela Enríquez Enríquez  
coordinó esta edición de 1 500 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de  
Amaranta Medina Méndez

Se terminó de imprimir en abril de 2007

Diseño de portada  
Retorno Tassier, S.A. de C.V.  
Río Churubusco núm. 353-1  
Col. General Anaya  
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial  
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.  
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos  
03800, México, D.F.  
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos  
Baskerville en tamaños  
9, 10, 11, 12, 15, 16 y 22 puntos

Editado por  
DEMAC